

## LOS CONTORNOS DE LULA

El principal punto de resistencia al neoliberalismo en la última década ha sido América Latina. El llamamiento zapatista a las armas resonó en 1994, el día que entraba en vigor el TLC. Desde entonces, el continente ha sido testigo de una serie de victorias de la izquierda o del centro-izquierda –Chávez en Venezuela, Kirchner en Argentina, Lula en Brasil, el derrocamiento de Sánchez de Losada y Mesa en Bolivia y de Lucio Gutiérrez en Ecuador– y de un resurgimiento de los movimientos sociales, con frecuencia encabezados por campesinos y pueblos indígenas, desde Chiapas y El Alto hasta los piqueteros en Argentina y los campesinos Sem Terra en Brasil. Once presidentes latinoamericanos han sido destituidos antes del final de sus mandatos en los últimos quince años no mediante el proceso tradicional de los golpes de Estado respaldados por Estados Unidos, sino gracias a la acción de los movimientos populares contra las políticas neoliberales de sus gobiernos. El único intento de golpe de Estado al viejo estilo, el que estuvo a punto de acabar con Chávez en 2002, pudo ser desbaratado. El gobierno de Chávez ha demostrado ser el más importante –e inesperado– desarrollo de la izquierda continental, toda vez que ha pasado rápidamente de plataformas democráticas y nacionales a posiciones anticapitalistas embrionarias, en alianza estratégica con Cuba. Esta última se las ha arreglado para superar las espantosas penalidades del Periodo Especial, después de la caída de la URSS en 1991, y su economía marca de nuevo una trayectoria ascendente.

Una de las razones de esta oleada de rebeliones es la extrema virulencia de la reestructuración económica que ha sufrido el continente desde la década de 1980. América Latina fue un laboratorio privilegiado para la experimentación neoliberal: Pinochet aplicó las fórmulas de la Escuela de Chicago en Chile algunos años antes de que fueran recogidas como un estandarte global por Reagan y Thatcher; la terapia de choque de Jeffrey Sachs fue puesta a prueba por el antañón nacionalista Paz Estensoro en Bolivia mucho antes de su aplicación en el antiguo bloque soviético. Introducido por la derecha, el formato neoliberal fue posteriormente adoptado por las fuerzas tradicionalmente nacionalistas (el peronismo en Argentina, el PRI en México) y luego por el centro izquierda: en Chile, con la alianza socialistas-democristianos, y en la actualidad con Ricardo Lagos; en Venezuela, con Carlos Andrés Pérez; en Brasil, con Fernando Henrique Cardoso.



El continente se convirtió en un modelo para la aplicación de las políticas del «Washington Consensus»: el desarrollo debe estar dirigido por el capital extranjero, atraído por la privatización de la industria y de los recursos naturales, la liberalización de las importaciones, los altos tipos de interés, la austeridad fiscal y, en muchos casos, la vinculación fija de las divisas. Como era de esperar, después de un periodo de euforia inicial a finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, las crisis se sucedieron. Las importaciones aumentaron a medida que los aranceles eran eliminados; las divisas sobrevaloradas bloqueaban las exportaciones; los déficits por cuenta corriente y los pagos de la deuda externa crecieron; los altos tipos de interés cortaron por lo sano la inversión doméstica y la demanda de los consumidores, lo que condujo a la recesión, al desempleo y a una desigualdad cada vez mayor. Sin embargo, a mediados de la década de 1990 los crecientes tipos de interés hicieron que el peso de la deuda externa resultara insostenible, provocando el hundimiento de las divisas: México en 1994, Brasil en 1999, Argentina en 2001.

Sin embargo –a diferencia del Sudeste asiático o África occidental–, en América Latina la crisis patente del modelo neoliberal se cruzó con una vieja tradición de movimientos de masa radicales y de levantamientos políticos. Durante los últimos cincuenta años el continente ha vivido tres grandes ciclos de movilizaciones populares y de revueltas de la izquierda. En el primer ciclo, las corrientes nacionalistas solían ser hegemónicas, y los partidos comunistas a menudo desempeñaban un papel central: los regímenes de Getúlio Vargas en Brasil (1930-1945 y 1950-1954), Perón en Argentina (1945-1955), la revolución boliviana de 1953 y los gobiernos de Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz en Guatemala dominaron la década de 1950, a menudo anunciando una fase de desarrollo industrial intensivo. La victoria de la revolución cubana en 1959 inauguró un nuevo periodo, que se mantuvo a través de las décadas de 1960 y de 1970: el socialismo y la lucha armada contra las dictaduras pasaron a estar al orden del día, en forma de guerra de guerrillas, primero rural y luego urbana. El final de las dictaduras del Cono Sur en la década de 1980, seguida por la victoria occidental en la Guerra Fría, dieron paso a una extensión sin precedentes de las democracias representativas en el continente. Éste es el contexto del tercer ciclo –aún en curso– de la izquierda latinoamericana, marcada tanto por la práctica institucional y la resistencia social, dentro del marco de la hegemonía liberal global.

En algunos aspectos, la victoria de Luiz Inácio Lula da Silva del Partido dos Trabalhadores en las elecciones presidenciales de Brasil en 2002 ha establecido la marca más alta de este proceso. Los 177 millones de habitantes de Brasil ascienden a casi la mitad de la población total latinoamericana. El PT es considerado por lo común como el partido de izquierdas más grande del mundo capitalista, mientras que el Movimento dos Sem Terra es uno de sus movimientos sociales más vitales. En el ámbito de las ciudades, las administraciones del PT ya han introducido las instituciones pioneras de los presupuestos participativos y han acogido el Foro Social Mun-

dial de Porto Alegre, un lugar de encuentro para el «movimiento de movimientos» de la época globalizada. La dirección emprendida por el gobierno de Lula tendría inevitablemente un impacto considerable en la dinámica de la política latinoamericana. El peso de Brasil podría añadir una masa crítica a un programa continental para una política de redistribución social, similar a la emprendida por Chávez en Venezuela. O el modelo económico de Cardoso podría mantenerse, a causa tanto de la incapacidad de la izquierda para articular estrategias de ruptura con los programas del «Washington Consensus», o por no tener la fuerza suficiente –social, política e ideológica– para llevar adelante esa ruptura.

### *El desarrollo brasileño*

Cualquier valoración del comportamiento de Lula en el poder debe partir del análisis de los orígenes y del contexto de la formación del Partido dos Trabalhadores. Hasta hace pocas décadas las fuerzas de la izquierda brasileña eran relativamente débiles en comparación con las existentes en otros países de la región. Su lugar especial en la actual coyuntura mundial se debe a una combinación de factores que han concedido al país lo que Trotsky denominaba el «privilegio del retraso». Esta trayectoria resulta esencial para comprender el significado del ascenso al poder del PT así como de sus límites y contradicciones.

El golpe militar de Brasil en 1964 tuvo lugar antes de aquellos que tuvieron lugar en los países latinoamericanos en los que la izquierda era más fuerte, tales como Chile, Argentina o Uruguay. En Brasil, la fragilidad de la oposición popular, unida al firme apoyo al ejército por parte de Estados Unidos –con intereses estratégicos en el petróleo brasileño y otros recursos naturales– explica que los generales fueran capaces de derrocar al gobierno de João Goulart con un menor grado de represión del que más tarde hubo que emplear en el Cono Sur. La magistratura y el Congreso no fueron alcanzados por la dictadura, pero los sindicatos fueron disueltos y la izquierda sufrió graves ataques, lo que puso de manifiesto el carácter de clase del golpe. Los años finales del largo *boom* de posguerra, así como la influencia de los eurodólares, permitieron al régimen militar gobernar una expansión económica desde 1967 a 1973, que conoció tasas de crecimiento de más del 10 por 100; gracias a una rígida política salarial y al capital extranjero, el crecimiento continuó con tasas del 7 por 100 incluso después de que la economía mundial entrara en recesión. Sin embargo, el capital foráneo entraba cada vez más en Brasil no como inversión, sino en forma de préstamos con tipos de interés fluctuantes, lo cual constituía una bomba de relojería que explotaría después de 1979 con el alza global de los tipos de interés.

La dictadura puso fin al periodo de hegemonía comunista sobre la izquierda brasileña. Tanto el Partido Comunista Brasileiro como las dirigencias sindicales ligadas a éste fueron responsabilizadas del callejón sin

salida del movimiento popular de mediados del siglo xx y de los fracasos de la resistencia al golpe. Sin embargo, la expansión económica de finales de la década de 1960 y de principios de la de 1970 provocó un cambio en la composición de la fuerza de trabajo, sentando las bases para el surgimiento de un nuevo movimiento de izquierda. Tal y como sucediera en Argentina, las inyecciones de capital extranjero –sobre todo estadounidense– condujeron a la creación de una industria automovilística centrada en São Paulo. Al mismo tiempo, a raíz de la grave sequía en el *sertão*, cientos de miles de habitantes del noreste se desplazaron a la región del centro-sur, y sobre todo al São Paulo metropolitano, que en la actualidad constituye el centro económico y financiero del país.

Habida cuenta de que el modelo económico del régimen estaba basado en las exportaciones y en el sector de bienes de lujo, buena parte del crecimiento de la década de 1960 estuvo concentrado en el automóvil y en la fabricación de aparatos domésticos, que a su vez aumentaron el peso de las fracciones de la clase trabajadora de la zona «ABC», compuesta por los distritos de São André, São Bernardo y São Caetano do Sul, en la periferia de São Paulo. Fue aquí donde se desarrolló un sindicalismo de base durante la década de 1970, a pesar de la prohibición militar, y a finales de la década –bajo el liderazgo de una nueva generación de sindicalistas, entre los que se contaba el emigrante del noreste y antiguo trabajador del automóvil Lula– llevaron a cabo una serie de huelgas que rompieron la política salarial del régimen.

### *Dictadura y oposición*

El PT, fundado en 1980, creció principalmente a partir de su arraigo en este nuevo sindicalismo, cuando a los activistas de la industria del automóvil de São Paulo se sumaron sindicalistas de los sectores petrolero y bancario, así como una serie de movimientos sociales –grupos de mujeres, ecologistas, pueblos indígenas, afrobrasileños– y antiguos militantes de la lucha armada en la década de 1960. La Iglesia católica también desempeñó un papel decisivo en lo que atañe a la organización comunitaria, inspirándose en la Teología de la Liberación. Limitado en un principio a São Paulo, el PT extendió su influencia al campo gracias a las actividades de los dos movimientos sociales más importantes ligados al mismo, el MST y la CUT (Central Única dos Trabalhadores, la más dinámica y radical de las dos grandes federaciones sindicales del país). A pesar de sus orígenes heterogéneos, la identidad ideológica del Partido estuvo desde el principio fuertemente condicionada por las perspectivas de su núcleo sindicalista paulista. Esta cohorte fue educada políticamente por la lucha contra la dictadura, lo que explica su línea antiestatista, ya que el Estado se presentaba a sus ojos principalmente en su faceta represiva. (Los sindicalistas brasileños habían criticado, sin embargo, el Estado en el pasado, sobre todo después de la introducción por parte de Vargas de un Código del Trabajo corporativista en 1943, inspirado en la Italia de Mus-

solini, que bloqueaba la autonomía de los sindicatos.) En realidad, los nuevos dirigentes sindicales mantenían relaciones menos antagonistas con los grupos empresariales con los que entablaban negociaciones —a menudo interrumpidas por los asaltos de la policía, después del chivatazo de los propios empresarios—, que las que mantenían con el Estado, cuya rígida doctrina de la seguridad nacional etiquetaba al movimiento huelguístico como «subversivo».

La ideología liberal creció hasta dominar la oposición a la dictadura tras la derrota de los movimientos de resistencia armada a finales de la década de 1960. En ella jugó un papel preponderante el partido legal de la oposición, el PMDB (Partido do Movimento Democrático Brasileiro), flanqueado por movimientos sociales y civiles y ONG de carácter liberal-democrático. La ideología de este frente de oposición la proporcionaba la teoría del autoritarismo, en la versión propuesta por Fernando Henrique Cardoso. Todos estos elementos compartían un fuerte sentimiento anties-tatal, basado en el concepto de un antagonismo entre el Estado y la sociedad civil. En este periodo la izquierda brasileña comenzó a abordar de forma seria la cuestión de la democracia, antes marginada por el PCB en favor de las preocupaciones nacionales y sociales. Sin embargo, la reevaluación de la democracia se produjo en el marco de la hegemonía liberal sobre la oposición a la dictadura, lo cual también afectó al PCB. Como consecuencia de ello, la democracia fue incorporada en los debates de la izquierda a costa de su naturaleza de clase; el capitalismo como un marco histórico general desaparecía por completo.

### *Eurocomunismo en el trópico*

El texto ideológico clave de la izquierda brasileña en este periodo fue escrito en Italia por el intelectual exiliado del PCB Carlos Nelson Coutinho. «La democracia como valor universal» fue el producto más influyente de la corriente del PCB que había entrado en contacto directo con las ideas eurocomunistas<sup>1</sup>. Coutinho siguió el ejemplo de la interpretación que Enrico Berlinguer hiciera de la caída de la Unidad Popular en Chile, en tanto que demostración de la necesidad de incorporar a las fuerzas democristianas, al objeto de impedirles la desestabilización de un gobierno socialista. El hincapié se hacía en la conservación de la democracia, antes que en las dimensiones anticapitalistas de la lucha. Coutinho también trataba de articular los vínculos entre democracia y socialismo, citando a Lenin y Gramsci, pero leyendo a este último tal y como era leído por el PCI y cayendo en las mismas contradicciones.

El texto de Coutinho tuvo amplias repercusiones en los debates internos del PCB, pero su principal efecto se produjo en la configuración final que

---

<sup>1</sup> C. N. COUTINHO, *A democracia como valor universal*, Río de Janeiro, 1980.

cohró el PT. En cierto sentido, predijo la identidad que adoptaría el Partido, sobre todo cuando afirmaba que la «*modernidad* brasileña exige la creación de un partido socialista secular, democrático y de masas, capaz de recoger lo que es válido en la herencia del comunismo brasileño, pero al mismo tiempo de incorporar las nuevas corrientes socialistas que tienen su origen en diferentes horizontes políticos e ideológicos»<sup>2</sup>. Algunas otras afirmaciones de Coutinho tuvieron eco en el PT. También se mostraba duramente crítico con el «golpe militar» de Jaruzelsky, que también fue condenado por el PT, identificándose con el movimiento *Solidaridad*, de Lech Walesa<sup>3</sup>. Coutinho sostenía que el eurocomunismo era el «representante contemporáneo de las mejores tradiciones del movimiento comunista», en busca de una «tercera vía» entre «el método burocrático de los estalinistas y neoestalinistas» y el «reformismo limitado de la socialdemocracia»<sup>4</sup>. El PT buscaría la misma equidistancia, y más tarde se proclamaría incluso como el «primer partido postsocialdemócrata».

A diferencia de Coutinho, las corrientes de la oposición liberal insistieron en la relación entre democracia y liberalismo, en vez de la relación entre democracia y socialismo. El principal exponente a este respecto era Cardoso, cuya teoría del autoritarismo se tornó hegemónica durante la transición de la dictadura militar en la década de 1980. En esta versión, la democratización consistiría en la «desconcentración» el poder económico del entorno estatal, y del poder político del ejecutivo. El primer gobierno civil post-dictatorial de Brasil, formado en 1985, y la nueva constitución, promulgada en 1988, marcaron el inicio de la desconcentración política; su desarrollo económico fue obra del propio Cardoso, quien durante su presidencia (1994-2002) aplicó un programa neoliberal.

El avance triunfante del liberalismo en el ámbito internacional en la década de 1980 tuvo su eco en Brasil, sobre todo en la naturaleza estrictamente institucional del paso de la dictadura a la democracia; no hubo reformas sociales o económicas de importancia. El PT se opuso a este modelo conservador de transición, reivindicando derechos de ciudadanía y políticas sociales; pero no planteó ninguna concepción alternativa de la democracia, ni puso en cuestión la idea de que la «democratización» era la respuesta a los problemas del país. Asimismo, no reparó en el hecho de que la caída de la dictadura trajo consigo el fin de un modelo concreto de acumulación de capital, inaugurado por Vargas en 1930 y, con éste, una forma particular del Estado. La perspectiva liberal dominante, que hacía hincapié en los procesos políticos y jurídicos, oscureció la crisis socioeconómica subyacente que subtendía ese momento histórico. El PT se identificó con la democracia; aunque no mencionaba el socialismo, este

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 13. Coutinho identificaba al PT como esta fuerza, y junto con otros militantes del PCB ingresó en el mismo en 1989. Lo abandonaría en el primer año del gobierno de Lula.

<sup>3</sup> El primer viaje internacional de Lula fue para reunirse con Lech Walesa, a instancias del entonces secretario internacional del PT, Francisco Wefort.

<sup>4</sup> C. N. COUTINHO, *A democracia*, cit., p. 114.

último nunca fue definido con precisión, salvo para anunciar las distancias con respecto al modelo soviético. En realidad, con frecuencia el PT insistía más en la «democracia» que en el «socialismo» no sólo modificando así el significado del último, sino precipitándose de bruces en las contradicciones que la democracia liberal estaba instalando ya en Brasil. El capitalismo estaba llamativamente ausente del manifiesto y de los documentos fundacionales del PT en 1980: una referencia indispensable para repensar el socialismo.

### *Los años de Cardoso*

Simbólicamente, en 1989 el PT comenzó a surgir como una verdadera alternativa para el gobierno nacional, con la casi victoria de Lula en las elecciones del mismo año en las que obtuvo el 44 por 100 de los votos en la segunda vuelta, frente al 50 por 100 de Collor de Mello. Fue también en este momento cuando el PT comenzó el proceso de transformación ideológica y política que le llevaría al gobierno en 2002. El contexto internacional de esta conversión fue la consolidación de la hegemonía neoliberal, con el hundimiento de la URSS, la primera Guerra del Golfo y la extensión de la ideología de mercado en Rusia y Europa del este, a la que siguieron los gobiernos de la «Tercera vía» de Clinton y Blair, que dieron aire fresco al «Washington Consensus». En América Latina, la extensión de la hegemonía neoliberal se puso de manifiesto con la adhesión a sus prescripciones por parte de las fuerzas tanto «socialistas» como nacionalistas, desde el PS chileno al PRI mexicano, desde los peronistas a la venezolana Acción Democrática. En Brasil, Cardoso introdujo el Plan Real en 1994, que vinculaba la divisa al dólar, recortaba aranceles y aumentaba los tipos de interés para atraer al capital extranjero. La posterior ola de privatizaciones, fusiones y adquisiciones de las empresas brasileñas por parte de las multinacionales extranjeras provocó no sólo el desplazamiento del capital nacional, sino una verdadera medida de desindustrialización<sup>5</sup>.

La base tradicional del PT fue devastada por las reformas. Buena parte de la industria automovilística del ABC de São Paulo fue desmantelada, a medida que los fabricantes trasladaron sus operaciones a fábricas situadas en otros puntos del país o, con mayor frecuencia, repartidas por el globo. Las cifras oficiales de desempleo para São Paulo, que por regla general se consideran maquilladas, aumentaron del 13 por 100 en 1995 a más del 20 por 100 en 2002. El trabajo informal se extendió a todos los sectores de la economía, debilitando adicionalmente el sindicalismo. No obstante, el carisma de Lula como un franco candidato presidencial de la clase trabajadora, así como el dinamismo de los militantes, aseguraron la presencia creciente del Partido dentro de las instituciones políticas del país. La representación del PT en el Congreso pasó de 16 diputados en 1986 a 35

---

<sup>5</sup> Véase G. M. ROCHA, «Neodependencia en Brasil», *NLR* 16 (julio-agosto de 2002), pp. 14-15.



en 1990, obtenidos sobre todo en la región centro-sur –São Paulo, Rio de Janeiro, Minas Gerais–, pero también de Rio Grande do Sul. A finales de la década había ganado alcaldías en Rio Grande do Sul y Minas Gerais, a las que se sumaron más tarde las ciudades de Goiás en el centro del país, y de Pará en el norte.

El carácter del PT se vio modificado por su inserción progresiva en la vida institucional brasileña. El peso de los movimientos sociales afiliados al mismo descendió a medida que aumentaba su representación parlamentaria; a finales de la década de 1990 la influencia decisiva en su orientación pasó a manos de los congresistas, los gobiernos nacionales y una estructura nacional ampliada. El primer Foro Social Mundial, que tuvo lugar en Porto Alegre en 2000, disfrutó del apoyo del PT de Rio Grande do Sul, un Estado en el que las tendencias de izquierda del Partido han sido dominantes durante mucho tiempo. Sin embargo, la dirigencia nacional del PT no participó directamente, forjando en su lugar vínculos internacionales con la socialdemocracia europea, principalmente con el PS francés, considerado distinto de los vínculos de Cardoso con la Tercera vía. Lula y los miembros de la dirigencia pronunciaron discursos en los FSM de 2000 y 2001, pero no participaron en su organización, ni suscribieron sus tesis.

La actitud del PT hacia las reformas económicas de Cardoso también experimentó un cambio. En un principio, trató de tomar una línea independiente, organizada mediante el Foro de São Paulo, que desde 1990 reunió a partidos discrepantes con los gobiernos neoliberales, principalmente el PT, el PRD mexicano y el Frente Amplio uruguayo. Sin embargo, este agrupamiento no era inmune a las ideas dominantes. Participó en el «Buenos Aires Consensus» creado en torno a las propuestas de Jorge Castañeda y Roberto Mangabeira Unger, que implícitamente se sumaban a la Tercera vía defendiendo los ajustes fiscales y la estabilidad monetaria, a pesar de añadir a esto políticas sociales. El PT participó en la redacción del documento, y sólo retiró su firma en el último momento porque Lula se enfrentaba a Ciro Gomes, aconsejado por Unger y directamente identificado con el documento, en las elecciones presidenciales brasileñas de 1998. (Del mismo modo, Castañeda se sumó a la campaña de Vicente Fox en México, compitiendo con el PRD para desbancar al PRI en 2000). Pero en esta etapa ya no había diferencias esenciales entre el PT y el «Buenos Aires Consensus».

Cardoso consiguió aprobar una enmienda a la constitución para poder presentarse a la reelección en 1998, y era el claro favorito para ganar las elecciones. La campaña de Lula no hizo ninguna mención de la crisis de la economía en bancarrota de Brasil, ni de la inminente devaluación del real. El objetivo era asegurar que la catástrofe final no manchara su imagen. Después de una campaña en la que no planteó ninguna alternativa, Lula fue derrotado en la primera vuelta, consiguiendo el 32 por 100 de los votos, frente al 52 por 100 de Cardoso. En efecto, el presidente en ejercicio había negociado con el FMI durante la campaña, y necesitaba desesperadamente ganar en la primera vuelta, antes de que la crisis esta-

llara abiertamente. En enero de 1999, menos de tres meses después de las elecciones, Cardoso comenzó su segundo mandato decretando una devaluación masiva de la divisa brasileña, renegociando los préstamos del FMI y alzando los tipos de interés al 49 por 100<sup>6</sup>.

### *Preparándose para 2002*

Después de la derrota de 1998, Lula y sus consejeros se dedicaron a la creación del Instituto de la Ciudadanía, un *think-tank* fuera de las estructuras del PT. Éste permitió a Lula hacerse cada vez más independiente del PT, expresando, en términos organizativos, la proyección pública mucho mayor de que disfrutaba en comparación con el Partido. El Instituto organizó seminarios en los que participaron economistas y especialistas en otras áreas –políticas sociales, medio ambiente y reforma política, entre otras– al objeto de reformular el programa de campaña de Lula para 2002. La versión final, que sería ratificada por el PT, insistía en que eran dos los temas clave de la campaña: la «prioridad de lo social» y la reanudación del desarrollo como precondition del primero. Se establecía una oposición entre capital productivo y especulativo, sin hacer distinciones entre capital extranjero y nacional, empresas grandes y pequeñas, empresas industriales o de otro tipo. El principal objetivo era la reanimación de la economía, presagiando una salida lenta y gradual del modelo neoliberal. La publicidad de campaña insistía en el «cambio» y en la «prioridad de lo social». No se daban indicaciones concretas acerca del significado de esa prioridad, pero las formas que cobraría una vez que el PT llegó al gobierno pudieron comprobarse entonces: la campaña «Hambre cero» se hacía eco de las reiteradas afirmaciones de Lula en 2002 y en otras batallas electorales previas, en las que decía que su objetivo era que «todos los brasileños comieran tres veces al día». También se hacía mención de la necesidad de mantener la estabilidad monetaria, un programa que de forma implícita ya incluía muchas de las propuestas posteriores del gobierno de Lula, tales como la reforma de la seguridad social.

El eslogan de la campaña de Cardoso en 1998 fue: «El que acaba con la inflación acaba con el desempleo». En 2002 su registro en ambos frentes estaba claro. La economía no se había recuperado de la crisis de 1999, mientras que la estabilidad monetaria no había traído consigo la reanimación del desarrollo, y mucho menos una extensión de las políticas sociales. A diferencia de 1998, ahora Lula se presentaba como un candidato fuerte, aunque los sondeos de opinión indicaban que los votantes querían un presidente que combinara la estabilidad monetaria con las políticas sociales, criterios que en efecto estaban en sintonía con el «Buenos Aires Consensus» y que, entre los candidatos principales, cumplía a rajatabla a *Ciro Gomes*.

---

<sup>6</sup> Para el desenmarañamiento de la estrategia económica de Cardoso, véase G. M. Rocha, «Neodespendencia en Brasil», cit., pp. 20-25.

Dos factores contribuyeron a determinar el resultado de las elecciones. El primero fue la candidatura de Ciro Gomes, y el otro el fuerte ataque especulativo contra el real, emprendido por el capital financiero en el verano de 2002, pocos meses antes de las elecciones. En el comienzo de campaña tanto Lula como Gomes iban por detrás en las encuestas, encabezadas en ese momento por Roseana Sarney, hija del ex presidente José Sarney. El candidato del gobierno, José Serra, entonces ministro de Sanidad, ocupaba a distancia el cuarto puesto, antes de que orquestara una serie de denuncias que de hecho apartaron a Sarney de la carrera a la presidencia. Sin embargo, Serra todavía debía hacer frente a la probabilidad de resultar eliminado en la primera vuelta, así que comenzó una nueva ronda de denuncias, dirigidas esta vez contra Gomes. La posición de éste en los sondeos fue disminuyendo, pero Serra —que en tanto que hombre de Cardoso era vulnerable a las mismas críticas que Gomes había hecho del presidente en funciones— no logró reducir la distancia con Lula, quien, por su parte, siguió siendo incapaz de romper el techo histórico del PT, ligeramente por encima del 30 por 100 de los votos. El ataque al real fue una demostración de fuerza por parte del capital financiero, como si quisiera subrayar tanto su papel estabilizador potencial como su capacidad de sabotear cualquier gobierno con el que no estuviera de acuerdo. El mensaje fue que el regreso del capital al país dependería de los resultados. El «riesgo Brasil» comenzó a ser conocido como el «riesgo Lula», lo que implicaba que el acontecimiento de una victoria de Lula traería consigo la desestabilización monetaria y la huida sin control de los capitales, lo que provocaría una caída drástica del valor del real en julio de 2002.

### *Carta a los brasileños*

Sin embargo, en junio de 2002 Lula, condenando el ataque especulativo, publicó un documento titulado *Carta a los brasileños*, en el que prometía que, como presidente, mantendría todos los compromisos financieros del gobierno anterior. No habría renegociación de la deuda externa, ni regulación alguna de los movimientos del capital financiero. EL PT había suavizado progresivamente su posición acerca de la deuda externa durante la última década; el cambio de la reivindicación de la suspensión de pagos a la renegociación marcó los primeros pasos en el camino para convertirse en un potencial partido de gobierno, que culminaron con el compromiso de Lula de 2002 de pagar toda la deuda. También la estabilidad monetaria había cobrado progresivamente importancia como objetivo estratégico después de la derrota electoral de 1994; con la llegada al gobierno de Lula se convirtió en un filtro general de toda la actividad gubernamental. Pero fue sobre todo la *Carta* lo que modificó la relación de campaña de Lula con el capital financiero y, en el proceso, modificó su carácter social y su relación con el modelo neoliberal. La fisonomía del futuro gobierno de Lula empezó a cobrar forma.

La transformación se hizo evidente incluso durante la campaña electoral, cuando la toma de decisiones fue trasladada al responsable de imagen

Duda Mendonça, que con anterioridad había dirigido las campañas del prominente derechista Paulo Maluf, y de Antonio Palocci, ex gobernador del PT en Ribeirão Preto, en el Estado de São Paulo, una de las ciudades más ricas de Brasil, y el hombre que ha estado detrás del programa económico de Lula y de la *Carta a los brasileños*. Mendonça ideó el eslogan «Lulinha, paz y amor», en un intento de suavizar la imagen pugilística de su candidato, forjada en la organización sindical y en la crítica polémica de las políticas y la corrupción de la elite política. (En la década de 1990, Lula dijo que había 300 «zapapicos» en el Congreso, término que coloquialmente se aplica a personajes desvergonzadamente inmorales.) El eslogan y la *Carta* demostraron que eran una combinación ganadora: el primero se utilizó tanto que prácticamente se convirtió en el contenido de una campaña que era cada vez más la de Lula y no la del PT. Además, Lula fichó al magnate del textil José Alencar como compañero de candidatura, y consiguió el apoyo del conservador Partido Trabalhista Brasileiro. El activismo de calle y los mítines públicos jugaron un papel mucho menos prominente que en anteriores elecciones, mientras que el grado de movilización del PT disminuyó más aún después de 2002.

### *La llegada al poder*

Sobre esta base Lula ganó la presidencia en la segunda vuelta de las elecciones, con el 61 por 100 de los votos, frente al 39 por 100 de Serra. En el congreso, su gobierno dependió de una coalición que incluyó al centrista PMDB, y más tarde al derechista Partido Popular, así como a los partidos más pequeños de la izquierda. (De esta suerte, la oposición oficial estuvo compuesta de los antiguos partidos de la coalición de Cardoso, el Partido da Social Democracia Brasileira y el Partido da Frente Liberal.) La ruptura de Lula con las tradiciones del PT se hizo aún más clara con el anuncio de su primer gobierno a finales de 2002. El nombramiento más importante fue el de Henrique Meirelles como presidente del Banco Central. Antiguo responsable del FleetBoston Financial Group, con sede en Boston, Meirelles volvió a Brasil para comenzar una carrera política, haciéndose con un escaño de diputado por el PSDB de Cardoso en Goiás. Meirelles reunió un equipo de jóvenes cuadros neoliberales que ya habían trabajado para gobiernos anteriores. Ni un solo economista del PT o de cualquier otra fuerza de izquierda fue invitado a sumarse al gabinete.

En un principio, el gobierno de Lula sostuvo que, debido al «infausto legado» de Cardoso, no podría cambiar de rumbo inmediatamente en el terreno económico. Médico de formación, el ministro de economía Palocci prefería las metáforas de su profesión original: «uno no cambia de tratamiento durante la enfermedad». Lo que hacía falta era una política económica de transición, para ganarse la «confianza de los mercados» y atraer capitales; los tipos de interés podrían entonces reducirse progresivamente para reanimar el desarrollo. La discusión se centró en dos asuntos: los riesgos de *default* de la deuda externa y los de la pérdida de control de la inflación. En el pri-

mer caso, hubo en efecto un marcado deterioro de las cuentas con el exterior bajo el gobierno de Cardoso<sup>7</sup>. La apertura ilimitada del país al capital foráneo aumentó la dependencia del país en sectores estratégicos –automóvil, bancos, alimentación, electrónica– y colocó grandes sumas de los principales capitales nacionales en manos extranjeras a bajo coste. Las privatizaciones de los servicios industriales públicos se añadieron a la tendencia. Los déficits en la balanza de servicios e ingresos (beneficios, dividendos e intereses) aumentaron –en el último caso de una media de 11.000 millones de dólares en la década de 1980 a 19.000 millones en 1997–, debido en parte a la sobrevaloración del real, pero sobre todo como consecuencia de la duplicación de la deuda externa. La vulnerabilidad externa llevó al gobierno de Cardoso a apelar repetidas veces al FMI, en enero de 1999, junio de 2001 y agosto de 2002.

Sin embargo, el nivel de las reservas no sufrió modificaciones, permaneciendo estable a lo largo de 2002 –a pesar de la turbulencia financiera– en torno a 37.000 millones de dólares. Brasil siguió siendo capaz de cumplir con sus compromisos externos, y la balanza comercial continuó su tendencia positiva en dirección al superávit. En conjunto, a finales de 2002, la víspera de la toma de posesión de Lula, la situación era mucho mejor que un año antes. No había nada que pudiera justificar el mantenimiento de una política de ajuste fiscal, ni mucho menos la introducción de nuevas medidas tales como el aumento del objetivo de superávit fiscal primario al 4,5 por 100 del PIB, por encima del nivel recomendado por el FMI. El segundo argumento conservador hacía referencia a los riesgos de inflación, que impediría la reducción de los tipos de interés –que subieron en el primer mes del gobierno de Lula aun encontrándose ya a niveles altos. La economía estaba estancada y el desempleo era alto; nada indicaba que la inflación estuviera fuera de control.

La política económica de Cardoso no sólo se mantuvo, sino que con el alza de los tipos de interés y el aumento del superávit fiscal primario, dio un paso adelante. Para poner de manifiesto que se trataba de una elección estratégica, en su primer año el gobierno de Lula dio prioridad a dos reformas inspiradas en los «paquetes» del Banco Mundial sobre seguridad social y fiscalidad. El primero tenía una clara inclinación privatizadora. Entró en vigor un nuevo impuesto sobre los pensionistas –que ya habían estado pagando toda la vida– para reducir el déficit de la seguridad social; asimismo, los trabajadores del sector público sufrieron un recorte, que les obligaba a suscribirse a planes de pensiones privados. La propuesta se enfrentó a una fuerte resistencia sindical, y dio lugar a la expulsión de tres diputados del PT y de uno de sus senadores, lo que puso de manifiesto hasta qué punto el PT estaba dispuesto a cortar en su pro-

---

<sup>7</sup> Véase sobre todo L. PAULANI, «Brasil delivery: razões, contradicções e limites da política econômica nos primeiros meses do governo Lula», J. A. de Paula (ed.), *A economia política da mudança: Os desafios e os equívocos do início do governo Lula*, Belo Horizonte, 2003.

pia carne para sacar adelante su programa. La reforma fiscal, mientras tanto, apuntaba a simplificar y reducir el gravamen fiscal de la inversión privada. Aunque esto tuvo consecuencias menos dañinas que la reforma de la seguridad social, su fracaso a la hora de abordar las disparidades pasmosas en la distribución de la renta, el sistema impositivo regresivo y el considerable déficit público fueron motivo de grave preocupación.

### *El reinado de Palocci*

En su tercer año de legislatura, ¿cómo podemos caracterizar al gobierno de Lula, y cuál ha sido su registro? La administración se ha desarrollado en realidad en dos ejes principales: ministerios de la esfera social –educación, reforma agraria, sanidad, cultura, ciudades– y el ministerio de Asuntos Exteriores, por un lado, y el equipo económico central por el otro. Aunque se han propuesto algunas buenas iniciativas en el plano social, éstas se han visto bloqueadas por la rígida austeridad fiscal del Ministerio de Economía; como consecuencia de ello, el registro social del gobierno ha sido desastroso. El PT, y no Lula, se ha llevado las culpas. Los ministros de estos ramos se han pronunciado en algunas ocasiones en contra de la línea del gobierno, aunque de forma tibia, atendiendo a la insistencia de Lula en la disciplina del gabinete.

Entre tanto, el Ministerio de Exteriores ha venido construyendo una serie de alianzas internacionales –tanto en el ámbito regional, a través de Mercosur y de la Comunidad de Naciones Sudamericanas, como internacionalmente, con el G20 y los vínculos con China, Sudáfrica e India, así como con los países árabes– que en ocasiones han chocado con el deseo del Ministerio de Economía del mantenimiento de buenas relaciones con Washington y con las instituciones financieras globales. No obstante, la Administración de Lula dio su respaldo al golpe franco-estadounidense que derrocó al gobierno constitucional de Jean-Bertrand Aristide en Haití en febrero de 2004. Bajo el liderazgo brasileño, tropas argentinas, chilenas y uruguayas están respaldando ahora a un régimen de ex generales y de antiguos jefes de los escuadrones de la muerte en Port-au-Prince.

Sin embargo, el que se ha consolidado como el centro de gravedad del gobierno es el Ministerio de Economía. A principios de 2005, Lula anunció que consideraba su política económica «lo mejor de su gobierno». En abril reafirmó su relación «como anillo al dedo» con el principal responsable de la misma, el ministro de economía Palocci. Otras figuras clave de la esfera económica incluyen a Meirelles, el presidente del Banco Central, y los ministros de Desarrollo Industrial y de Agricultura, Luis Fernando Furlan –un empresario que hizo fortuna en el sector de exportaciones alimentarias–, y Roberto Rodrigues, un empresario del *agribusiness*. Junto a Palocci, estos hombres constituyen el núcleo de la administración de Lula, que determina los recursos disponibles para las demás áreas del gobierno. El predominio de este bloque fue establecido desde el principio, cuan-

do impuso su autoridad en las discusiones sobre el salario mínimo y las decisiones mensuales acerca de los tipos de interés. En febrero de 2003, el gobierno anunció al FMI su compromiso de elaboración de una ley que concediera autonomía al Banco Central; el equipo económico se aseguró de que contuviera cláusulas blindadas para proteger al presidente del escrutinio de sus manejos financieros.

La Administración de Lula se ha desplazado desde sus indicaciones iniciales, según las cuales se estaba adoptando una política de transición, al presupuesto, adoptado en su segundo año, según el cual el curso económico actual sería permanente. De la necesidad se hizo virtud. A comienzos de 2005, Lula anunció triunfalmente que «la catástrofe prevista no ha tenido lugar», insistiendo en que su gobierno había «invertido un proceso que nos conducía al abismo». A pesar de todas las pruebas en sentido contrario –y los reconocimientos de su propio ministro de Economía–, Lula insistió en que «no estamos continuando con las políticas del gobierno anterior [...] estamos reconstruyendo la economía, reforzando las instituciones y, por encima de todo, ganando credibilidad en el país y en el extranjero». Hizo hincapié en la importancia que para el crecimiento económico tenía que los brasileños «recobraran su autoestima» y citó cifras del PIB más allá de las estimaciones más optimistas, los indicadores económicos más saludables de la última década, el mayor aumento del empleo desde 1992 y éxitos espectaculares en el comercio exterior. No se trataba de un brote repentino de crecimiento, dijo, sino de un proceso «estable y coherente»; la inflación estaba bajo control, y las finanzas públicas habían sido gobernadas con sentido de la responsabilidad.

### *Logros económicos*

El Ministerio de Palocci se las arregló para hacer caso omiso de las críticas, gracias en parte a la temprana marginación de José Dirceu, el supervisor inicial de la transición, por parte del equipo de la política económica. Sin embargo, la principal razón fue la minirrecuperación de 2004, que el gobierno reivindica como prueba de que está en el buen camino de un crecimiento sostenible. Después de estancarse en los dos años anteriores, la economía creció en un 5 por 100 en 2004, lo que supone para el gobierno de Lula una media del 2,7 por 100 de crecimiento anual, en comparación con la media de 2,3 por 100 que Cardoso consiguiera en ocho años. La sobrecapacidad estaba siendo absorbida, y los productos primarios de exportación –la soja genéticamente modificada en particular– se habían comportado como palancas de la recuperación.

Sin embargo, la concentración de beneficios y la insistencia en las exportaciones tuvo como consecuencia una caída de los ingresos tanto de los empleados como de los trabajadores autónomos del 2,3 por 100, en comparación con una caída del 0,7 por 100 registrada bajo Cardoso. Y ello a pesar de un aumento de la explotación del trabajo. Seis millones de per-

sonas jubiladas continuaban trabajando en 2003, en comparación con 4,9 millones en 1996; el número de trabajadores con dos o más trabajos aumentó de 3,4 millones en 2001 a 3,8 millones en 2003, pasando de un 4 a un 4,3 por 100 de la fuerza de trabajo. Las cifras de quienes trabajan horas extraordinarias también subieron, pasando de 27,1 millones en 1996 a 29,3 millones en 2003, mientras que el desempleo pasó de 5,1 millones (6,7 por 100 de la población activa) a 8,5 millones (9,6 por 100) en el mismo periodo. Entre 1996 y 2003, 17,5 millones de empleos fueron creados con una remuneración de más de 3 salarios mínimos, pero 6,3 millones de puestos de trabajo que pagaban salarios más altos fueron suprimidos, lo que arroja un balance insuficiente para satisfacer la demanda de nuevos empleos. La tendencia también refleja un grave deterioro de la calidad del empleo, con una preponderancia creciente de los patrones de trabajo «asiáticos»: horarios prolongados, salarios bajos y escasos derechos laborales. La tendencia histórica de Brasil hacia la concentración de la renta continuó: mientras que los empleados y los trabajadores autónomos ascendían al 51,4 por 100 de la renta nacional en 1993, para 2003 esta proporción había caído al 40,1 por 100, continuando una tendencia descendente. Entre 2002 y 2003, 3,3 millones de personas con una renta familiar mensual de entre 1.000 y 5.000 reales (300-1.500 dólares) vieron como descendía su poder de compra, mientras que el número de personas con una renta familiar por debajo de 500 reales (150 dólares) creció hasta casi 3,5 millones<sup>8</sup>.

De esta suerte, la «prioridad de lo social» prometida durante la campaña electoral de Lula se vio hipotecada por la prioridad concedida a los objetivos financieros: el déficit público y la inflación. Sin embargo, esto no redujo la fragilidad externa de la economía: las restricciones presupuestarias se vieron contrapesadas por los altos tipos de interés –en términos reales, los más altos del mundo– que no hicieron más que aumentar el tamaño de la deuda de Brasil. La deuda pública, que ascendía a 623.000 millones de reales (257.000 millones de dólares al tipo de cambio actual) en 2002, había ascendido a 812.000 millones de reales (335.000 millones de dólares) dos años después, con casi la mitad de la deuda con vencimientos en el plazo de un año. El superávit fiscal conseguido –de un 4,6 por 100 del PIB, por encima del objetivo fijado por Palocci para 2004– equivalía a menos de la mitad del monto del aumento correspondiente de la deuda. Comparando los niveles de inversión y los pagos del servicio de la deuda, en 2003 se invirtieron 6.900 millones de reales, pero los pagos de intereses de la deuda eran más de diez veces mayores, ascendiendo a 77.000 millones de reales. La tendencia continuó en 2004, con 1.700 millones de reales en inversiones ó en 2004, con 1.700 millones de reales en inversiones y 50.800 millones en pagos de intereses de la deuda. De esta suerte, el Estado brasileño continuó en su papel como meca-

---

<sup>8</sup> Véase «Número de dois gumes», *Revista Carta Capital* (15 de diciembre de 2004) y «No torquete», *Revista Carta Capital* (17 de noviembre de 2004).



nismo de canalización de recursos procedentes de la esfera productiva –a través de los impuestos– a la especulativa.

El mantenimiento del superávit presupuestario primario a un nivel tan alto privó al gobierno de recursos para impulsar el crecimiento. Por consiguiente, a finales de 2004 el gobierno de Lula decidió optar por los acuerdos sector público-sector privado como recurso alternativo para garantizar las inversiones: se trata de una forma de financiación que garantiza tales rendimientos libres de riesgo al capital que constituye en realidad un importante paso hacia la privatización del Estado. Una gran cantidad de otras reformas –relativas al trabajo, los sindicatos, las universidades y los partidos políticos– tuvieron que enfrentarse a la oposición del Congreso, ya fuera porque las propuestas eran de suyo incoherentes, o porque el gobierno no podría conseguir apoyo para las mismas de resultas de las crecientes tensiones políticas en la carrera hacia las elecciones municipales del otoño de 2004.

### *Perder las ciudades*

Las elecciones municipales de 2004 fueron la primera prueba electoral para el gobierno de Lula y para el PT desde que consiguieran la presidencia dos años antes. En conjunto, el PT obtuvo un mayor número de votos, como cabría esperar de un partido que acababa de conseguir un éxito en la campaña presidencial. Pero también hubo derrotas cualitativamente importantes, entre las que se cuenta la pérdida de las alcaldías de Porto Alegre, Belém y São Paulo, que llevaban siendo gobernadas por el partido durante 16, 8 y 4 años respectivamente, así como Campinas, Caxias do Sul y Pelotas. Tanto la ciudad como el Estado de São Paulo pasaron a manos de José Serra, el contendiente de Lula en 2002; el centro de poder político y económico del país está ahora en manos del PSDB.

Si el primer año del gobierno de Lula estuvo marcado por la oposición de la izquierda –y en particular de los movimientos sociales contra la reforma de la seguridad social–, en el segundo se asistió al resurgimiento de sus oponentes de derecha. Esto no es el corolario de un giro a la izquierda por parte del gobierno, sino más bien un signo de su debilitamiento político, que a su vez es consecuencia de una serie de otros reveses. No ha logrado poner en funcionamiento políticas sociales efectivas, aumentando significativamente el salario mínimo o reduciendo el desempleo. La reforma agraria está paralizada y la política medioambiental del gobierno –que incluye concesiones a las empresas que siembran semillas genéticamente modificadas– se ha enfrentado a la vigorosa oposición de los movimientos ecologistas. El PT ha sido incapaz de consolidar y ampliar su base de apoyo, o de establecer una política de medios de comunicación que le permitiera dejar de ser rehén de los grupos de presión de los medios de comunicación privados.

Las acusaciones de corrupción contra miembros del gobierno –cada vez más frecuentes desde enero de 2004– también se han cobrado su parte, como

hicieran las derrotas en las elecciones municipales de finales de ese año. Las victorias sobre el PT, sobre todo en São Paulo, donde Lula estuvo más directamente implicado en la campaña, insuflaron nueva vida a la derecha, centrada en torno a la alianza entre el PSDB y el PFL. Sus principales portavoces, entre los que se cuenta Cardoso, fueron objeto de generosos espacios de prensa cuando comenzó el debate acerca de quién sucedería a Lula en 2006, en el que se pusieron sobre la mesa varios candidatos.

La derecha se ha dado cuenta de que, aunque es perfectamente capaz de vivir con Lula –toda vez que reconoce su política económica como propia–, no está por ello condenada a hacerlo. El centro de sus críticas es el supuesto «gasto excesivo» del gobierno, al que consideran responsable de los altos tipos de interés del país. Han atacado los aspectos progresivos de la legislatura del PT, exigiendo la represión del MST, resistiéndose a todos los intentos de regulación contenidos en las políticas de cultura y medios de comunicación del gobierno, y denunciando como «fuera de control» todas las políticas sociales que se proponen ayudar a los pobres. Su estrategia futura –con el respaldo de Estados Unidos– probablemente implicará nuevas reducciones de la presión fiscal y el uso de las estructuras del Estado para conseguir trabajos para los cuadros del PT. Para las elecciones de 2006, la derecha se propondrá impedir que Lula gane en la primera vuelta presentando a varios candidatos, del PSDB, el PFL y posiblemente el PMDB, que luego, en la segunda vuelta, sumarán sus apoyos a aquel que reciba más votos en la primera vuelta. Por su parte, el PT intentará asegurarse el apoyo de los partidos del centro y de la derecha –el PMDB y el PP– para impedir su aislamiento político y apuntalar la apuesta de Lula por la reelección. Una polarización entre el PT y el PSDB es la situación más favorable para ambos, ya que restringe las alternativas disponibles a las variantes de un modelo «social-liberal».

La izquierda brasileña se enfrenta a un grave dilema en lo que atañe al gobierno de Lula. En el poder, el PT no ha satisfecho ninguna de sus aspiraciones históricas, y ni siquiera puede ser descrito como un gobierno de izquierda. Las elecciones municipales de 2004 supusieron importantes derrotas para la izquierda del Partido, en particular en Rio Grande do Sul, donde con anterioridad era dominante. También hubo un marcado descenso de las movilizaciones sociales, salvo en el caso del MST, que mantuvo la presión sobre el gobierno con marchas, ocupaciones de tierras y campañas mediáticas, entre las que se cuenta sobre todo el «Abril rojo» de 2004. En conjunto, sin embargo, la izquierda sufrió una tendencia creciente hacia la fragmentación. Tras la expulsión de los cuatro diputados del PT que votan contra la reforma de la seguridad social de 2003, algunos militantes abandonaron el Partido y fundaron el PSOL (Partido Socialismo e Liberdade). Pretenden presentar a la senadora Heloisa Helena, ex miembro del PT, como su candidata a la presidencia en 2006. Sin embargo, como tendrá que renunciar a su escaño para poder presentarse, con toda seguridad no ganará, de tal suerte que el PSOL podría terminar sin voz en el Congreso. Las luchas intestinas han debilitado su atractivo

para los descontentos con el gobierno, mientras que la precipitación con la que se formó el PSOL le ha impedido desarrollar una alternativa de conjunto al PT; como consecuencia, se ha convertido en otro pequeño grupo, que se limita a reclamar las posiciones históricas del PT que han sido abandonadas por el gobierno de Lula.

Quienes están en la izquierda del PT no arrostran menores dificultades. Críticos con el gobierno federal, pertenecen sin embargo al Partido en el poder, comparten su orientación general y tienen un sentido de lealtad a su líder. Razón por la cual no están dispuestos a emprender una batalla política e ideológica abierta dentro del PT o de los movimientos sociales. Ninguna tendencia importante se negó a participar en el gobierno cuando fueron invitadas –aunque habría sido posible permanecer en el Partido sin hacerlo–. Los miembros del gobierno se ven presionados a mantener ocultas sus diferencias.

### *Gobernar y resistir*

Durante el ciclo actual de movilizaciones populares en América Latina, marcado por el dominio institucional de partidos de centro-izquierda en un periodo de hegemonía liberal global, la resistencia social generalizada a la reestructuración neoliberal ha tenido dificultades para trasladarse al plano político. Los defensores de primera generación de las reformas de libre mercado, o sus sucesores elegidos, fueron derrotados en las elecciones: Menem en Argentina y Fujimori en Perú (ambos, junto con los ex presidentes de México y Venezuela, Salinas y Pérez, perseguidos por las autoridades judiciales de sus países por cargos de corrupción), Cardoso en Brasil y Batlle en Uruguay. Sin embargo, los líderes que han ocupado su puesto –Toledo en Perú, Fox en México, Lula en Brasil, Kirchner en Argentina, Tabaré Vázquez en Uruguay– han mantenido a grandes rasgos el mismo modelo económico. Chávez es la excepción destacada. Estratégicamente, la colaboración entre Cuba y Venezuela ha sido uno de los procesos más interesantes de la pasada década, demostrando la posibilidad, por más que limitada, de una alternativa social al dominio del libre mercado. Este eje corre el peligro del aislamiento por parte de un arco de alianzas de centro-izquierda que reúnen a Brasil, Argentina, Uruguay y de vez en cuando a Bolivia y Perú. En este frente, el gobierno de Lula no ha sido el aliado preferido de Washington. La reciente denuncia conjunta del gobierno de Chávez por parte de Cardoso, Kissinger y de antiguos miembros de la Administración de Clinton puso de manifiesto qué tipo de interlocutor brasileño ideal preferiría Estados Unidos. Sin embargo, en prácticamente todos los demás aspectos, las políticas del gobierno de Lula se han ganado con justicia las alabanzas de Washington.

El más joven de los partidos de izquierda de América Latina, el PT brasileño, también ha llevado a cabo la transición más veloz a la ortodoxia económica. Formado bajo el predominio liberal de la década de 1980, contra

la corriente de los procesos políticos mundiales, el Partido se institucionalizó durante la década de 1990, aunque su base trabajadora industrial se vio erosionada por las reformas de Cardoso. No obstante, aun teniendo presente el dominio completo que las relaciones mercantiles tienen sobre los Estados –de tal suerte que, como ha observado Chomsky, los movimientos del mercado hacen hoy las veces de los golpes de Estado–, lo cierto es que, con su elección, Lula disfrutó de un grado de apoyo interno e internacional que le habría permitido crear las condiciones para un abandono del modelo neoliberal, inaugurando una transición a un sistema en el que las prioridades sociales fueran centrales, como prometiera en su campaña electoral. Podría haber renegociado las deudas de Brasil, subordinando los objetivos financieros a la necesidad de abordar el déficit social –citando, como justificación su propio compromiso en el manifiesto para asegurar que todos los brasileños puedan comer tres veces al día.

Sin embargo, la transformación del PT en un partido capaz de gobernar –y en particular el compromiso con el capital financiero contenido en la *Carta a los brasileños*, que le ayudó a asegurar la victoria en su cuarta tentativa– bloqueó esa posibilidad. En efecto, Lula gobierna de acuerdo con la *Carta* y no con sus compromisos de campaña, y mucho menos en sintonía con la promesa original de su partido. El resultado ha sido la profundización de las inseguridades y las desigualdades de la sociedad brasileña; las cifras de delitos violentos y de homicidios siguen aumentando. En la mitad de su mandato, el gobierno de Lula ha perdido el camino políticamente y se ve plagado de acusaciones de corrupción.

El efecto más considerable de su trayectoria ha consistido en socavar las fuerzas que resisten al neoliberalismo en el conjunto del continente. El gobierno de Lula ha apoyado a la elite política boliviana en sus intentos de rechazar las demandas populares de nacionalización del gas (Petrobras se juega mucho en el asunto). El bloque comercial liderado por Brasil, Argentina y Uruguay ha aceptado las reformas que reducen los aranceles y ahora presiona a las potencias capitalistas del centro para que abran sus mercados. El resultado será la aceleración de la regresión del continente a una fase exportadora primaria, con la agroindustria en un papel destacado. La actividad industrial continuará descendiendo, y las posibilidades de integración regional disminuirán, fomentando al final el proyecto del ALCA.

En junio de 2005, nuevos casos de corrupción, que llegan al mismo tiempo que los indicadores económicos negativos y que el descenso del apoyo popular, han provocado la peor crisis del gobierno de Lula hasta la fecha. Estos cargos se centran en los recursos del servicio de correos, dirigido por el PTB, uno de los aliados de coalición del PT. El presidente del PTB, Roberto Jefferson, contraatacó acusando al gobierno –y en particular a José Dirceu, ministro de la Casa Civil, y a sus adjuntos del PT– de comprar la lealtad de los diputados del Congreso con una suma mensual. Dirceu dimitió, después de un ataque constante de los medios de comunicación, para poder defenderse y desviar del gobierno el centro

de atención de la tormenta. El Congreso ha creado una comisión de investigación, que ha recibido muchísima atención mediática, poniendo al gobierno más a la defensiva. El proceso ha polarizado al PT, con la CUT, el MST y otros movimientos sociales que exigen la ruptura con los socios conservadores de la coalición y un cambio que abandone la política económica neoliberal (véase el encuadre adjunto). Sin embargo, lo más probable es que la última crisis sólo sirva para reforzar las tendencias bonapartistas de Lula, a medida que él mismo se distancia más aún del Partido, y gobierna completamente con las políticas de la oposición con la vista puesta en las elecciones de 2006. Será el PT el que pagará el precio del infausto legado de Lula.

#### CARTA AL PUEBLO BRASILEÑO

*¡Contra la desestabilización política del gobierno y contra la corrupción: Por cambios en la política económica, por la prioridad en los derechos sociales y por reformas políticas democráticas!*

La sociedad brasileña cambió y, en la Constituyente de 1988, se decidió por cambios. Constituyó nuevos poderes y eligió nuevos gobernantes, para promover procesos de transformación social. Creó nuevas estructuras, combatió viejas instituciones y generó nuevos mecanismos para hacer valer los derechos de todas y cada una de las personas a una vida digna.

Con la fuerza de esta historia reciente, pero vigorosa, de fortalecimiento y radicalización de la democracia en nuestro país es que nosotros, representantes de las organizaciones populares, de las organizaciones no gubernamentales, del movimiento sindical, de los movimientos sociales y personalidades, convocamos a toda la sociedad brasileña, a cada ciudadano y a cada ciudadana, a una grande y continua movilización que haga posible enfrentar la crisis política y hacer prevalecer los principios democráticos.

En las últimas elecciones, con la esperanza de realizar cambios en la política neoliberal que venía siendo practicada desde 1990, el pueblo brasileño eligió al presidente Lula. Hasta este momento, evaluamos qué poca cosa cambió y presenciamos un mandato lleno de contradicciones. De un lado, el gobierno siguió con una política económica neoliberal, resultado de sus alianzas conservadoras. De otro, adoptó un discurso de prioridad social y una política externa soberana y de alianza con las naciones en desarrollo. La elección del Lula estimuló las esperanzas en América Latina, e influyó de forma positiva en algunos conflictos políticos en la región.

Con miras a las elecciones de 2006, las elites iniciaron, a través de los medios de comunicación, una campaña para desmoralizar al gobierno y al presidente Lula, apuntando a debilitarlo para derrumbarlo u obli-

garle a profundizar la actual política económica y las reformas neoliberales, atendiendo a los intereses del capital internacional.

Preocupados por el proceso democrático y también por las denuncias de corrupción que dejaron al pueblo perplejo, decimos públicamente que estamos contra cualquier tentativa de desestabilización del gobierno legítimamente electo, patrocinada por los sectores conservadores y antidemocráticos.

Exigimos una completa y rigurosa investigación de las denuncias de corrupción formuladas en el Congreso Nacional y en la prensa, y castigo de los responsables. Sabemos que la corrupción ha sido, lamentablemente, el método tradicional usado por las élites para gobernar el país.

Exigimos también la investigación de las denuncias de corrupción con motivo de la votación de la enmienda constitucional que aprobó la reelección y de los procesos de privatización de las empresas estatales ocurridas en el gobierno de Fernando Henrique Cardoso.

Se trata, por lo tanto, de fundamentar la vida política en principios éticos como la separación entre intereses privados e intereses públicos, la transparencia en los procesos de toma de decisiones y la promoción de la justicia social.

Frente a la actual crisis, el gobierno Lula tendrá la opción de retomar el proyecto por el cual fue elegido, y que movilizó la esperanza de millones de brasileños y brasileñas. Proyecto este que tiene como base a la transformación de la sociedad y del Estado brasileños, una sociedad dividida entre los que todo pueden y todo tienen y aquellos que nada pueden y nada tienen.

De ahí que, públicamente defendemos y proponemos al gobierno de Lula, al Congreso Nacional y la sociedad civil, las siguientes medidas:

- 1 Realizar y apoyar una amplia investigación de todas las denuncias de corrupción que están siendo analizadas en el Congreso Nacional y sancionar a los responsables.
- 2 Excluir del gobierno federal a los sectores conservadores que sólo quieren mantener privilegios, alejar a las autoridades sobre las cuales pesa cualquier sospecha y recomponer su base de apoyo, reconstruyendo una nueva mayoría política y social en torno a una plataforma anti-neoliberal.
- 3 Realizar cambios en la política económica en el sentido de priorizar las necesidades del pueblo y construir un nuevo modelo de desarrollo. La sociedad no soporta más semejantes tasas de intereses, las más altas del mundo, bajo el pretexto de combatir la inflación. La sociedad no apoya el mantenimiento de un superávit primario, que

sólo engorda a los bancos. Los recursos públicos tienen que ser invertidos, prioritariamente, en la garantía de los derechos constitucionales, entre ellos, empleo, salario mínimo digno, salud, educación, vivienda, reforma agraria, medio ambiente, demarcación de las tierras indígenas y *quilombolas*.

- 4 Realizar, a partir del debate con la sociedad, una amplia reforma política democrática. Una reforma que fortalezca la democracia y dé amplia transparencia al funcionamiento de los partidos políticos y a los procesos de toma de decisiones. De ahí que, somos favorables a la fidelidad partidaria, a la financiación pública exclusiva de las campañas, a la exclusión de las cláusulas de barrera, y a la presentación de candidaturas en listas cerradas con alternancia de género y etnia, obedeciendo a criterios de representación política pluriétnica y multiracial. Queremos también la inmediata reglamentación de los procesos de democracia directa, que implica el ejercicio del poder popular mediante plebiscitos y referéndum, conforme la propuesta presentada por la CNBB y la OAB al Congreso Nacional.
- 5 Fortalecer los espacios de participación social en la Administración pública y crear nuevos espacios en las empresas estatales y de economía mixta, viabilizando el control social y real reparto del poder.
- 6 Fortalecer las iniciativas locales en favor de la ciudadanía y de la participación y de la educación popular, como por ejemplo los comités por la ética en la política, consejos de control social, escuelas de formación política.
- 7 Enfrentar el monopolio de los medios de comunicación, garantizando su democratización, inclusive a través del fortalecimiento de las redes públicas y comunitarias.

En este momento de movilización, convocamos a las fuerzas democráticas y populares a que se movilicen para realizar protestas y manifestaciones en las calles, y trabajar para promover los verdaderos cambios que el país y el pueblo necesitan.

Brasilia, 21 de junio de 2005.

#### Atentamente

Siguen entidades y movimientos de la sociedad y de la CMS (Coordinación de los Movimientos Sociales)

CUT - Central Única de los Trabajadores

MST - Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra

CMP - Coordinación de los Movimientos Populares

UNE - Unión Nacional de Estudiantes

ABI - Asociación Brasileña de Prensa

ABONG - Asociación Brasileña de ONGs

INESC - Instituto de Estudios Socioeconómicos

CNBB/PS - Conferencia Nacional de los Obispos de Brasil/Pastorales Sociales

P.El Nacional - Pastoral Obrera Nacional  
Grito de los Excluidos  
Marcha Mundial de Mujeres  
UBM - Unión Brasileña de Mujeres  
UBES - Unión Brasileña de Estudiantes Secundarios  
CONEN - Coordinación Nacional de Entidades Negras  
JOC - Juventud Obrera Cristiana  
MTD - Movimiento de los Trabajadores Desempleados  
MTST - Movimiento de los Trabajadores Sin Techo  
CONTEE - Confederación Nacional de los Trabajadores en Establecimiento de Enseñanza  
CNTE - Confederación Nacional de los Trabajadores de la Educación  
Federación Nacional de los Abogados  
CONAM – Confederación Nacional de Asociaciones de Habitantes  
UNMP - Acción de la Ciudadanía Contra el Hambre, la Miseria y por la Vida  
CEBRAPAZ  
ABRAZO - Asociación Brasileña de Radios Comunitarias  
CIMI - Consejo Indigenista Misionero  
CPT - Comisión Pastoral de la Tierra  
FENAC - Federación Nacional de las Asociaciones  
AMB - Articulación de Mujeres Brasileñas  
CFEMEA - Centro Feminista de Estudios y Asesoría  
IBRADES - Instituto Brasileño de Desarrollo  
EDUCAFRO - Educación y Ciudadanía de Afrodescendientes y Carentes  
MSU – Movimiento de los Sin Universidad  
CONIC - Consejo Nacional de Iglesias Cristianas de Brasil  
ANPG - Asociación Nacional de los Post Universitarios  
CSC - Cadena Sindical Clasista  
MPA – Movimiento de los Pequeños Agricultores  
IBASE - Instituto Brasileño de Análisis Sociales y Económicos  
Federación Nacional de los Economistas  
Sindicato de los economistas de DF  
Consejo Nacional de Iyalorixás y Ekedes Negras  
CBJP - Comisión Brasileña Justicia y Paz  
Campaña Jubileo Brasil contra las deudas y contra el ALCA

*Texto original disponible en [www.cut.org.br](http://www.cut.org.br)*